

**RAMÓN SUBERCASEAUX**

**MEMORIAS de  
ochenta años** ✎ Recuer-  
dos personales, críticas, reminiscen-  
cias históricas, viajes, anécdotas.

**TOMO I**

**SEGUNDA EDICIÓN**

**EDITORIAL NASCIMENTO**

## CAPITULO XXXIX

Tuve el gusto otra vez, a fines de 1881, de llegar a Chile, a reunirme a mi familia y a mis amigos.

El país se encontraba satisfecho después de la campaña del norte, y la preocupación no consistía ya más que en la manera de llegar a un arreglo definitivo con el Perú y con Bolivia, los enemigos vencidos. Cada cual se iba a ocupar en los negocios que le correspondía y yo en los míos. Los que no estaban tranquilos eran los hombres de la política.

La administración de don Domingo Santa María había comenzado en septiembre, para enterar su período de cinco años sin dejar en el país ni los recuerdos gloriosos y emocionantes de los triunfos del Norte, ni las tradiciones de serena vida política que habían consagrado los períodos anteriores de Pinto, de Errázuriz y de Pérez. Antes se hubo de entrar en años de pasiones interiores promovidas extemporáneamente y llamadas a dividir, a esterilizar, a corromper. El país, el pueblo, se hallaba tan atrasado como antes de la guerra; mas no deseaban ocuparse los nuevos poderes en otra cosa que en hacer reformas, de las llamadas teológicas desde entonces, y en preparar un sistema electoral de falsificaciones y de violencias que permitieran desarrollar el plan con detenimiento y amplitud. La propia elección

de Santa María había sido hecha desde la Moneda, con todas las ilegalidades y atropellos necesarios para hacer apartarse del campo al general Baquedano que venía de la guerra lleno de gloria y prestigio.

Si no fuera por la imposición del deber, me habría vuelto a Europa una vez que comprendí, después de haber penetrado en la situación y leído un poco del porvenir, las intenciones y las aspiraciones de la mayoría de los políticos. Se veía claro que había luchas desagradables y sin provecho, y que las capas bajas del país quedarían siempre viviendo en la abyección de la ignorancia y de la embriaguez, sin vestido casi y sin hogar; que no habría mejoras ni en los caminos del campo ni en la seguridad ni en la luz de las ciudades. Ibamos a quedar estancados socialmente, industrialmente y económicamente; pero se reformaría el gobierno de cementerios, de matrimonio y de registro civil, aunque con esto y de buenas a primeras, nos quedáramos sin estadística de población siquiera.

A los pocos meses de mi llegada me formé conciencia exacta de esta situación, y me sentí harto entristecido. No era yo hombre de la política, y bien poco podría hacer por desviar tales rumbos. Me limité, en la larga contienda, a escribir algunos artículos en la prensa conservadora, cuando podía debelar, con pruebas palmarias adquiridas en mis propios documentos y en mis viajes, los argumentos en que se apoyaban los importunos reformadores.

A don Domingo Santa María le había conocido personalmente, aunque poco. Tenía una figura hermosa y simpática, hablaba muy bien y con timbre de voz y dicción distinguidísimas; vestía elegantemente, gustando llevar sobre la levita abrochada, un sobretodo que se abría al andar mostrando su forro de seda. Era un hombre esencialmente de bufete y sociedad, y amaba a la política por la política. No había estado en la vida de los

negocios ni conocía la agricultura, ni la minería, ni la industria; si se refería o se interesaba en ellos, lo hacía o como político, o como abogado o como universitario. Era, en suma, un letrado: lo que menos necesitaba por entonces el sillón presidencial de Chile.

Los liberales le habían elegido no sé por qué, pues entre ellos tenía muchísimos enemigos. El mismo don José Francisco Vergara que fué quien hizo propiamente la fuerza de la campaña electoral después de haber hecho fuerza de la campaña del Norte, se arrepintió a poco trecho, y llegó a decir su *mea culpa* en el Senado, en términos elocuentes que produjeron mucha impresión.

Fuí uno de esos días a casa de don Miguel Luis Amunátegui, y le encontré en tertulia con otro de los jefes liberales que no nombro por encontrarse todavía actuando a la publicación de estas Memorias. Este personaje se desató en conceptos durísimos contra Santa María, de quien dijo cosas de las que la misma prensa conservadora, en sus ataques diarios, no se había servido aún.

El liberalismo se encontraba en uno de los momentos psicológicos que así como a los hombres vienen a los partidos. Se vió gobernando sin contrapeso, supuesto que sus adversarios conservadores se habían eclipsado, primero voluntariamente, para que no hubiera divisiones mientras duraba la guerra, y después por la fuerza de los fraudes electorales. Al encontrarse los liberales solos en la casa del poder, se suscitaron las divisiones, las rivalidades y las ambiciones, y como toda casa dividida entre sí misma está condenada a la ruina, según las propias palabras del Divino Maestro, vinieron tropiezos tras tropiezos y caídas tras caídas, hasta que llegó la revolución de 1891, la crisis sangrienta del partido.

Yo sentía ver eso porque tenía muchos amigos liberales y por-

que esperaba que otra vez volvieran los tiempos de Pérez, de dominio en común entre conservadores y liberales de diferentes matices, los tiempos mejores de la política chilena.

Una frase que el Presidente dijo uno de esos días a un diplomático, puede servir como de llave para la explicación de la época.

—Vea usted: al país, desde Tacna hasta Punta Arenas, lo manejo así, con el dedo chico.

Era el gobierno personal, impuesto por los liberales y aclamado por los radicales, quienes a su vez tuvieron más tarde que sufrir las consecuencias como el rebote de un mal juego.

Y lo que se deseaba era hundir al Partido Conservador; cosa que no podía constituir un programa, sin embargo. La candidatura del canónigo Taforó al arzobispado de Santiago era como el santo y seña del movimiento, pues era ella combatida obstinadamente por el clero, y eso bastaba para que quisieran imponerla.

Como resultado del fracaso definitivo de la candidatura, vinieron en seguida las leyes llamadas de desquite, los cementerios laicizados, el matrimonio y el registro civil. En discutir las, promulgarlas y aplicarlas se pasarían los cinco años de un gobierno que no veía que hacían falta principalmente los ferrocarriles y telégrafos, las escuelas y los hábitos civilizados en el pueblo, y aun más arriba.

De las famosas discusiones sobre los cementerios se desprendió un tal calor, que se armaron batallas, siniestras y ridículas a la vez, entre deudos que querían sepultar a un muerto en terreno sagrado y la fuerza pública que lo impedía.

Entre muchos casos de personas conocidas, recuerdo el del respetable doctor don Javier Tocornal, hermano de don Manuel Antonio. Murió pidiendo le enterraran en suelo bendito. Para cumplir con este deseo justo e inofensivo, los deudos, después

de ocultar las fases de la agonía y de la muerte que dieron fin a la enfermedad sentaron al difunto, vestido como de diario, dentro de su propio cupé y le sacaron a la media luz para enterrarlo en no sé qué sitio privado.

Del matrimonio civil ha resultado que la gente seria y educada se ha seguido casando también como antes, con el agregado de la inscripción para los efectos civiles: no hay otra cosa que hacer. Pero entre las capas secundarias e inferiores se ha introducido una tentación peligrosísima. ¡Cuántos fraudes y engaños no se han cometido ya, comprometiendo el honor y la buena fe de las pobres mujeres, víctimas inocentes del desquite de la candidatura de Taforó!

Y lo que es el registro civil, ha degenerado en el desorden más completo, en el caos, para los pobres, para los apartados de los centros poblados. Allí no hay más hijos legítimos—¿qué digo?—no hay más hijos, aunque sean nacidos dentro de todos los ritos legales y civiles. El niño del suburbio, del campo, no se inscribe, porque los padres no saben; luego, no existen; luego, la población de Chile se va agotando, como lo consignan seriamente las tablas anuales.

Convengamos en que todo ello es absurdo, y en que habría que pensar en hacerlo de nuevo.

Se quería imitar cosas de Francia, la única gran nación que conocían aunque de lejos los estadistas; pero se había sentido el ruido, sin saberse de dónde. Ni así era el régimen de Francia, ni había nada de aplicable a nuestro caso en aquel país constituido en República de exclusión, combatida por conservantismo monárquico.

Hasta aquí el régimen y las leyes. Ahora voy a recordar otras cosas que conocí de cerca, y que justifican el horror que le tengo a ese período, horror que crece con los años que me separan

de él, supuesto que veo todas las cosas con más verdad y mejor criterio.

Llegaron las elecciones de 1882. El gobierno mandó ofrecer a los conservadores que les dejaría hasta cinco diputados por el departamento de Santiago, con tal que de ellos no fuera Carlos Walker Martínez, el brillante y fogoso diputado que en los comicios y en la prensa se había señalado combatiendo de frente a Santa María. La oferta no fué aceptada; y, al contrario, todos los sufragios conservadores fueron para Walker, que podía así salir elegido cinco veces por lo menos.

Pues bien, no salió elegido. Se mandó hacer una falsificación colosal en vez de la elección del 26 de marzo. A pesar de ella, Walker sacó 35,000 votos, cuando ninguno de la lista oficial pasaba de 14,000. Pero faltaban los escrutinios.

Estos tuvieron lugar el 31 de marzo, y recuerdo bien la fecha porque ella fué igualmente la de uno de los más salientes episodios de la vida cívica de Chile. El lugar elegido fué la gran sala de entrada del Teatro Municipal, que entonces no era la sala municipal la designada. Pero los presidentes de mesa conservadores no pudieron entrar; lo impidieron unos trescientos rotos de puñal que con ese objeto habían sido traídos al sitio, y desde el amanecer, por la policía. En la plazuela había apostados, fuera de un pelotón de caballería, unos doscientos hombres de infantería. En el interior y apartándose de la chusma incitada por la bebida, estaban los directores de la tramoya, defendidos por rejas de fierro al frente, y por pelotones de soldados a la espalda. Hacia el centro se hallaban, como buscando posición todavía más segura, los presidentes de mesa que debían actuar, y que no eran sino personas supuestas, en parte. El cuadro era digno de la observación de un pintor o dramaturgo.

En esto entra Edgardo, el amante de Lucía de Lamermoor,

seguido de sus compañeros, es decir, Carlos Walker y diez de sus amigos que habían conseguido forzar la consigna; uno de ellos era Florián, el propio Florián, el antiguo compañero de París por quien supe cuando volví a Santiago después de las vacaciones los detalles de la jornada.

Carlos Walker se adelantó solo y pidió con ademán altanero que se le dejara presenciar el escrutinio de cerca, junto a los secretarios. No lo obtuvo; y comenzaron a leerse actas falsas, delante de presidentes de mesa también falsos. Algunos de los verdaderos eran precisamente de los diez que acompañaban a Walker; cuando se alzaron indignados reclamando de la adulteración de su propia persona, se alzaron otros tantos de los rufianes de la encerrona diciendo que el nombre era el de ellos. Joaquín Walker pidió a gritos que fuera contado por lo menos el voto de él, señalando la mesa en que lo había puesto.

Entonces Carlos Walker dijo a sus amigos, que se retiraran; y colocado sobre las gradas de piedras que dan subida a los palcos del teatro, exclamó dirigiéndose a los directores y comparas de esa repugnante asamblea:

—“No es propio que en medio de esta turba de falsificadores y de garroteros ebrios continúe la gente honrada, terciando en una escena que ya es ignominiosa”.

Como suele suceder en casos semejantes, la voz digna y valiente hizo callar al coro entero de los malhechores, que, demudados, temblaban y miraban a sus jefes, los cuales a su vez no acertaban más que a balbucear palabras intentando dar órdenes que no se oían. Walker y sus amigos salieron sin que nadie los tocara.

El candidato de Santiago que tenía sufragios para cinco veces, quedó excluido; pero Carlos Walker ganó un puesto de bronce en la Alameda.

Aunque muchos de los liberales, y de los primeros, rechaza-

ban con indignación tales procederes, el gobierno se sintió satisfecho. Ya habían cerrado la puerta a Walker dejando cumplida una parte preferente de su programa.

Pero había que hacer también arzobispo a Taforó, contra la opinión del clero de Chile entero que lo rechazaba, y contra la voluntad de Roma, que ya había hablado; es decir, contra viento y marea.

A Taforó no le habían designado por sus méritos, sino porque se había llevado mal con el Arzobispo Valdivieso durante su vida; fué esta circunstancia principalmente la que le enajenó la voluntad del clero. Tenía además una irregularidad canónica relacionada con su nacimiento, y se decía que durante su juventud había sido cómico. Yo le había conocido personalmente. Su porte era digno y su lenguaje culto; tenía fama de ser de los mejores oradores sagrados. Si, en vez de prestarse, hubiera declarado que indeclinablemente renunciaba a servir de pretexto al enredo, habría quedado muy en alto.

El gobierno, que no tenía en ninguna materia vistas amplias sino mezquinas y lugareñas, demostró tener además ignorancia en prácticas de ese género. Supe que decían que lo arreglarían todo con dinero. Y al Ministro de Chile en Europa le quitaban su tiempo destinado al servicio del país, con tenerle en Roma sosteniendo con el cardenal Jacobini una lucha en que éste tendría fatalmente la victoria. Don Alberto Blest Gana estaba desengañado antes que terminara la empresa. Como le dijera, una tarde que con él paseaba en los Campos Elíseos de París, que sería inútil todo esfuerzo, supuesto que la Iglesia podía esperar que Santa María saliera de la presidencia y viniera otro más bien intencionado, me replicó que si no se hubiera encontrado con una escoba nueva (refiriéndose a León XIII) habría alcanzado lo que pretendía.

Y como no era posible consagrar a Taforó por el mismo pro-

cedimiento que dejó a Walker fuera de la Cámara, el Gobierno rompió las relaciones con la Santa Sede, haciendo salir del país al enviado especial de ella, Monseñor del Frate. Por esto no habría guerra, que la Santa Sede no tenía cañones.

Fué un numeroso concurso a acompañar al Delegado hasta Los Andes. Yo me agregué en la estación de Panquehue, donde me encontraba por aquellos días. La despedida fué solemne y emocionante. Don Abdón Cifuentes pronunció un discurso hermosísimo; con frases llenas de vigor y de sentimiento alentó al Delegado asegurándole que llevaba la simpatía de la mejor parte del país.

Otras correrías y pequeñas aventuras tuve que sufrir con motivo de ser yo mayor contribuyente en dos departamentos. Una vez fuí asaltado a caballazos por un soldado de policía en la plazuela del Congreso; escapé bien, merced a mi bastón y a la llegada de unos amigos oportunos. Tenía que hacer viajes a medianoche y oculto. Sin esas precauciones la policía, que la tenían empleada en eso, me habría acaso robado.

Así sucedió a varias personas, habiendo sido el caso más notable el de don Salvador Gutiérrez Gómez que fué robado en un camino de su propia hacienda por el comandante de la policía y sus soldados. Le llevaron lejos y le internaron en la cordillera hasta que pasó el día de la reunión del Colegio Electoral de Santiago, a que él pertenecía. Fué otra, sin embargo, la peripecia más notable de las elecciones de aquel tiempo, en que los abusos no eran de los partidos sino del Gobierno. Voy a contarla.

En pleno Santiago se robaron los registros electorales, sustrayéndolos a medianoche del recinto del Conservador, en el Palacio de los Tribunales. La indignación fué esta vez enorme y comenzó aquí, por cuanto pude juzgar personalmente, el desprestigio casi universal dentro del cual terminó el triste perío-

do que vengo recordando. Don Diego Barros Arana dijo en la Cámara al terminar un discurso:

—“Conozco personalmente algunos de estos países (los sudamericanos). Los libros me han enseñado lo que pasa en otros, y puedo asegurar a la Honorable Cámara que jamás gobierno alguno ha llegado en esos pueblos a robarse los registros electorales, ni a cometer ninguno de los desmanes perpetrados en Chile en los últimos años y con los cuales se ha echado un estigma de vergüenza sobre la frente, antes noble y gloriosa, de nuestra querida patria”.

En Buin, las cosas fueron peores si cabe, y estuvieron a punto de costar la vida a mi hermano Antonio y a Pastor Infante. Cuando, de diferentes rumbos, llegaron al pueblo con los registros electorales de sus respectivas localidades, Pirque y Maipo, ambas hostiles al Partido Liberal, fueron recibidos, ellos y su comitiva, con descargas de fusilería, con el objeto de hacer desaparecer los documentos en medio de la confusión. Resultaron varios muertos y heridos.

A mi hermano le tenían una ojeriza especial en el Gobierno. Como era uno de los más decididos conservadores, y como en sus discursos, que eran originales y valientes, decía cosas duras y de alcance, la oposición le designó para las elecciones de 1883 el puesto más seguro, la diputación de Rancagua, donde ni existían fuerzas liberales que oponerle. Pero cuando los registros estaban recién formados, y poco después de un viaje a Rancagua del mismo Presidente Santa María, se les puso fuego sin que se descubriera al autor; y no hubo elección.

También en Coquimbo hubo fechorías parecidas. Pero la más notable de la temporada por su crueldad fué la de la Cañadilla, en Santiago. Hubo ahí un mitin de conservadores, que se pasó sin novedad; pero a la salida fué asaltado a toque de corneta por un escuadrón montado de policía. Carlos Walker, preveni-

do en el centro de la ciudad, tuvo la feliz idea de buscar al Intendente y obligarle a ir con él, en un coche, a presenciar la matanza. Se hubo de mandar suspender la carga; el mismo Walker gritó, haciéndose obedecer en el acto:

—¡Envainen, canallas!

Los muertos fueron nueve, y los heridos ciento treinta.

La refriega que me tocó más de cerca fué otra, la de San Miguel, frente a la chacra Subercaseaux el día mismo de las elecciones de 1885. Yo no me había ocupado mucho en lo que por allá pasaba, antes me había ido a votar temprano en la ciudad, para que el acceso a la mesa no me fuera estorbado. Después me fuí a mirar lo que pasaba por otros lados. Frente a Santa Ana, detrás de la reja donde se había puesto como en refugio la mesa receptora, que tenía mayoría de conservadores, se paseaba, revólver en mano, Santiago Guzmán, quien con su enorme estatura y su mirada encendida, más que otra cosa parecía fiera enjaulada. En esas inspecciones andaba, cuando recibo un propio de la Chacra avisándome que se preparaba un asalto de la policía a la mesa de enfrente. Me iba allá, cuando viene otro a decirme que necesitan, ante todo, gente y armas, porque los asaltantes son numerosos como un regimiento. Vuelo entonces a la imprenta de "El Independiente", donde encuentro, como un general en medio de una batalla, a Joaquín Walker, de pie al borde de un mesón cubierto de atados de billetes de Banco y de revólvers. Le explico, y me da una cuadrilla de hombres que hago subir en un coche que sale inmediatamente; y luego, a los pocos momentos, otro coche más y otro más.

Todos llegaron tarde, sin embargo. El asalto había tenido lugar y fué rechazado por los vecinos acudidos desde temprano, armados y en buen número. Dinator, que iba por parte del Gobierno, y doce policiales, y no recuerdo cuántos más allegados, habían caído muertos y heridos. Y cuando llegué se me

pudo explicar, siguiendo los regueros de sangre fresca, las peripecias de la acción. Fingía calma; pero me sentía desesperado; y me preguntaba si no valía más la vida del último de esos infelices policiales allá caídos, que la de los encumbrados en la Moneda que ordenaban cobardemente los robos a toda costa de las urnas opositoras.

Al día siguiente se me apareció un pintor de puertas, que vivía cerca de la Chacra. Era el que había hecho fuego a Dinator y venía a pedirme que lo ocultara, porque andaba la policía entera buscándole con orden de cogerlo vivo o muerto. Con Francisco Undurraga lo escondimos en un pajal, y después en una hacienda de Melipilla, hasta que, como siempre siguieran en pesquisas, lo mandamos a Bolivia.

Pero en Viña del Mar hube de ver escenas más penosas para mí, pues mi persona entró, acaso, en los motivos de la matanza electoral que manchó a la naciente villa como a flor en botón, cuando apenas se estaba formando y no contaba ni con dos mil habitantes. Me habían puesto en una lista de municipales que obtuvo la mayoría de los sufragios. Ello pareció mal en la Moneda, bien que no se podría temer que desde allí fuera yo a poder alterar la marcha de los acontecimientos.

Estábamos al anochecer, comiendo en mi casa recién concluída, con don José Francisco Vergara y Enrique Valdés, su sobrino, cuando sentimos una descarga cerrada, seguida de otras sueltas. Todos calculamos lo que era: no podía perder el Gobierno ni una lista municipal de aldea sin que, por lo menos, hubiera desquite. Salimos precipitadamente hacia el cuartel vecino de la policía. La gente huía en sentido contrario. Saltamos sobre un muerto, dejamos a un lado a otro hombre herido en el suelo, y nos encontramos con un piquete de policiales que nos apuntó sus carabinas, intimándonos a hacer alto. Don José Francisco, lleno de tranquilidad, pero animado de una hermo-

sa arrogancia, no hizo caso; antes pidió que se presentara el oficial o el sargento, que se había escondido, y ordenó levantar armas al primer centinela, que obedecía sugestionado mientras Enrique Valdés le lanzaba a gritos los insultos más humillantes. A esto, los demás policiales, que algunos tenían la carabina humeante aun y en posición de descargar de nuevo, nos conocieron, y temiendo acaso que se les dejara abandonados en emergencias posteriores, comenzaron a ceder y a desaparecer tras la puerta del cuartel.

Todo había sido que, como pasaron unos artesanos gritando abajos al Gobierno, se trabó una riña, pero que habría quedado sin consecuencias a no haber llegado de la autoridad la orden de hacer fuego.

Otra persona de mi familia que se encontraba como hostigada sistemáticamente, era mi cuñado Melchor Concha y Toro. Mi cuñado era una de las personas más dedicadas a la cosa pública, y como tenía gran versación en los negocios y un talento clarísimo, al mismo tiempo que una decidida y honrada aversión al sistema imperante, se veía contrariado desde arriba en cuanto paso daba. De su parte Concha y Toro, persuadido de que se le tenía especialmente en mira, había formado en torno de él un centro vigoroso de resistencia. En el Senado hizo discursos brillantes defendiendo el matrimonio cristiano y allí, y en su casa, y en todas partes trabajó sin cesar por impedir los desmanes de esa fatal administración.

Hasta ahora recuerdo con cierta satisfacción la época del término de aquellos cinco años. Mis anhelos, que eran de ver la concordia en la política, o cuando más, una saludable contradicción de partidos o de tendencias, estuvieron siempre frustrados. Concebí fastidio duradero por esas artes; y acaso no tuve, a manera de resarcimiento, sino la ocasión final de ver que el Presidente dejaba la banda el 18 de septiembre de 1886 en

medio de marcadas muestras de desaprobación dentro del Congreso, y la de contar a los mejores liberales de Chile, en número considerable y sin mirar ni considerar compromisos, que uno a uno venían volviendo la espalda al sistema y al hombre que lo representaba.

Sin ser partidario de Balmaceda, y bien que con mucho hubiera preferido a don José Francisco Vergara o a Luis Aldunate, sentí como un desahogo cuando se inició la nueva presidencia.